

FOX Detective

Un
misterio
faraónico



ADAM FROST

RBA

PARA ROBERT, LÍNE Y DAVID, A. F.

PARA MI HERMANA FOX, BECKY, E. F.

Título original inglés: *Fox Investigates 6. A Dash of Poison.*

Autor: Adam Frost.

© del texto: Adam Frost, 2017.

© de las ilustraciones: Emily Fox, 2017.

© de la traducción: Raquel Valle Bosch, 2019.

Ilustraciones de la contracubierta por cortesía de www.shutterstock.com

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2019.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

Primera edición: junio de 2019.

RBA MOLINO

REF.: MONL538

ISBN: 978-84-272-2999-0

Preimpresión - El Taller del Llibre

Composició digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

FOX Detective

*Un misterio
faraónico*



ADAM FROST

Ilustraciones de Emily Fox

Traducción de Raquel Valle Bosch

RBA





LA MALDICIÓN DE LA MOMIA

Willy Fox, el mejor detective del mundo, se encontraba en el Museo Británico de Londres contemplando una exposición de momias egipcias. Había gatos, perros, monos y halcones, todos envueltos en vendas muy apretadas.

Aunque la sala solía estar abarrotada de visitantes, en ese preciso instante se hallaba vacía. Eran las ocho de la mañana y el edificio aún no había abierto sus puertas al público, pero Willy había ido allí para reunirse con el famoso egiptólogo Basilio Búfalo.

Mientras observaba las momias, Willy oyó una voz a sus espaldas.

—Yo que usted no me acercaría demasiado.

Willy se volvió y vio a una señora de la limpieza: una mapache de aspecto alegre con un pañuelo atado a la cabeza y un plumero en la mano.

—¿Por qué? —preguntó Willy.

—Porque tienen una maldición —contestó la mapache.

—Comprendo —dijo Willy con una sonrisa.

Fue hasta la siguiente vitrina y observó su interior.



—También tienen una maldición —dijo la mapache.

—Muy bien —repuso Willy mientras se dirigía a la siguiente pieza expuesta.

—También está maldita —insistió la mapache.

—De acuerdo... —dijo Willy—. ¿Hay algo aquí sobre lo que no pese ninguna maldición?

—Veamos... —respondió la mapache—. Con esto de aquí no hay ningún problema. —Señaló una vitrina que tenía detrás de sí—. Pero quédese a este lado. Allí hay un amuleto de lo más sospechoso.

—¿Por qué cree que todo lo que hay aquí está maldito? —preguntó Willy.

—Porque los animales que descubrieron todos estos objetos murieron en circunstancias muy extrañas.

—¿En serio? —dijo Willy mientras arqueaba una ceja.

La mapache empezó a limpiar uno de los expositores.

—No puedo evitar constatar —señaló Willy— que

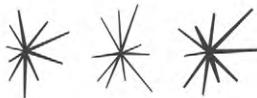
a usted no parece preocuparle lo más mínimo la maldición. Está limpiando todas las vitrinas.

—¡Ah, sí! —repuso la mapache—. Es por esto. —Señaló la maraña de collares y colgantes que llevaba al cuello—. Me protegen de los malos espíritus —añadió—. ¿Sabe qué? Póngase esto y así podrá mirar lo que quiera.

Se quitó uno de los collares y se lo ofreció a Willy, quien se apresuró a rechazarlo.

—No es necesario. Quédeselo usted.

Willy no creía en las maldiciones. Cuando un animal fallecía en extrañas circunstancias siempre había un motivo. El misterio podía ser tan intrincado como las capas de vendas que envuelven una momia, pero si tirabas del hilo sin rendirte terminabas desentrañándolo.



Diez minutos más tarde, un vigilante condujo a Willy al despacho de Basilio Búfalo, que estaba

repleto de jarrones y estatuillas egipcias. Un búfalo gordinflón se puso de pie y le estrechó efusivamente la mano al detective. Tenía la lana gris y polvorienta y llevaba tres pares de gafas en equilibrio sobre la cabeza.

—Le agradezco enormemente que haya accedido a verme —dijo Basilio Búfalo—. Tome asiento, por favor.

—Parecía urgente —repuso Willy mientras se sentaba.



Basilio asintió.

—Lo es. Necesito que encuentre un cuchillo.

—¿Un cuchillo? —dijo Willy—. ¿Ya ha buscado en el cajón de los cubiertos?

—Bueno, más que un cuchillo es una daga

—contestó Basilio con una sonrisa mientras tecleaba algo en el ordenador que tenía encima de la mesa.

Un proyector arrojó una imagen sobre la pared. En ella se podía ver un fragmento de piedra cubierto de varios jeroglíficos.

—¿Sabe lo que pone ahí, señor Fox? —preguntó Basilio mientras se colocaba uno de sus tres pares de gafas sobre la nariz.



Willy entrecerró los ojos.

—Reconozco algunos símbolos, pero cuesta mucho verlos bien.

—Exacto —dijo Basilio—. Hace doscientos años que forma parte de nuestra colección, pero como la mayoría de los jeroglíficos están casi borrados, nadie había sido capaz de comprender la inscripción. Cada pocos años se lo proponemos a algún joven investigador para ver si es capaz de descifrar el código. ¿Y sabe qué? ¡El mes pasado, una topilla listísima lo consiguió! Utilizó un programa informático muy complejo que no voy a fingir que soy capaz de entender. Y ahora ya sabemos qué dice el jeroglífico.

Pulsó una tecla y la imagen cambió.

Halla el cuerpo del león y ponte en cabeza.
En el lecho del desierto mi arma se despereza.
Con un millón de cortes, a cual más diminuto,
te destroza por dentro en silencio absoluto.

Menes

—¿Halla el cuerpo del león? —se preguntó Willy en voz alta—. ¿No hay en Egipto una estatua colosal con cuerpo de león?

—¡Efectivamente! —exclamó Basilio—. La Gran Esfinge. Está cerca de las pirámides de Guiza.

—¿Y usted cree que hay una daga escondida ahí? —preguntó Willy.

—Sí. Hay un yacimiento al norte de la Esfinge que jamás ha sido excavado. Sé que está allí.

—De acuerdo. ¿Y quién es Menes? —inquirió Willy.

—Fue uno de los primeros faraones —contestó Basilio— y un gran jefe militar. Ganó batallas que parecían perdidas de antemano. En todas las representaciones que se conservan de él sostiene una daga, pero no sabíamos que hubiera existido de verdad... hasta ahora.

—¿Así que usted cree que el acertijo revela la ubicación de la daga?

—Eso creo, sí —repuso Basilio—. Fíjese en esto: «Con un millón de cortes, a cual más diminuto». ¿No le hace pensar en una daga?

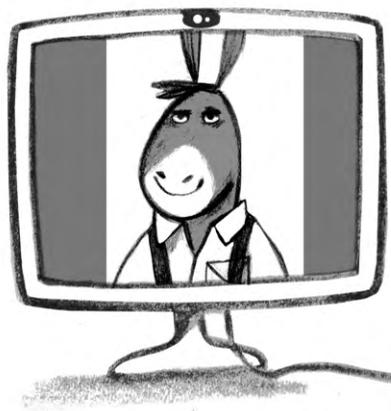
—Tal vez —dijo Willy mientras se acariciaba la barbilla—. ¿Y por qué no está usted en Egipto descubriéndola?

Basilio le mostró una de sus patas: la llevaba escayolada.

—Así no puedo viajar. Verá, la noticia de que el jeroglífico ha sido descifrado es absolutamente confidencial, pero hace dos días metí la pata: se lo conté a mi madre. Es que estaba muy emocionado, ¿sabe? Le hice prometer que guardaría el secreto, pero no pudo evitar que se le escapara delante de una de sus mejores amigas, Benita Burro.

—¿Y por qué es eso un problema?

—Porque este de aquí es su hijo. —Basilio volvió a teclear en su ordenador y apareció en la pantalla la imagen de un asno—. Bonifacio Burro —prosiguió—. Hemos sido rivales desde que éramos compañeros de clase, pero hemos tomado caminos muy diferentes. Yo entrego



todo lo que descubro a museos y galerías de arte; Bonifacio, en cambio, lo vende todo al mejor postor.

—¿Se refiere a que es un marchante de antigüedades?

—Me temo que es algo peor. Si tiene que saltarse la ley para conseguir lo que quiere, lo hace. Miente y roba, y luego vende el botín a delincuentes muy ricos. —Basilio suspiró—. Bonifacio se ha convertido en una especie de monstruo.

—Yo también tuve una amiga así —dijo Willy.

Klara Kelista había sido la primera de la clase cuando ambos estudiaban juntos en la academia de detectives, pero un año atrás había construido un megatorpedo a partir de unos planos que había camuflado como pinturas. Willy había evitado que Klara destruyera el planeta cuando apenas quedaban unos segundos para el desastre.

—No hay peor enemigo que quien deja de ser amigo —añadió Willy—. ¿Por qué cree que la madre de Bonifacio le contó lo del jeroglífico a su hijo?

—Nuestras madres son así. La mía se pasa la